

EL OCCIDENTE,

DIARIO POLITICO.



AÑO II.—NUM. 519.

PUNTOS DE SUSCRICION. Administración, Carmen, 60.—Librería de López, Carmen.—Cuesta, Mayor.—Vila, plaza de Santo Domingo.—Bailly-Ballière, Príncipe.—Oliveros, Concepción.—Duran, Puerta del Sol, 2.—Madrid, un mes, 10 rs., tres meses, 28.

Domingo 20 de enero de 1856.

PROVINCIA. En las principales librerías y por libranza franca al administrador del periódico, un mes 16 rs., tres meses, 46.—ESTRANJERO: Un trimestre, 90.—En París, en casa de los señores Saavedra y Riberoles, rue de Hauteville, 13, y librería Española, rue de Provence.

EDICION DE LA MAÑANA

MADRID 20 DE ENERO.

La situación actual, si no tuviera tan sólidamente cimentado su desprestigio, lo aseguraría con pocas sesiones parlamentarias como la de ayer. El análisis de sus elementos, el examen de su estado, el estudio de su manera de vivir, son pruebas que la situación actual no puede soportar sin que se pongan de manifiesto todas sus miserias, todas sus debilidades, todos los síntomas funestos é infalibles de su angustiosa y prolongada agonía.

A vuelta de algunas contradicciones, y de ciertas inoportunidades, el Sr. Rivero, en su discurso de ayer, dijo al partido progresista verdades muy amargas. Esa mayoría que no es mayoría; ese oposición que no sabe ni osa ser oposición; ese gobierno que no ha sido, ni es, ni será gobierno; esos gefes del partido dominante, que se han condenado a sí mismos al silencio, movidos sin duda por la vergüenza de lo que está pasando; esos diputados que creen en política una cosa y votan otra; esos otros, que hablan en un sentido en el salón de conferencias y en el sentido contrario en el salón de las sesiones; las fracciones todas, y todos los directores del partido progresista, fueron pintados al vivo, retratados con fidelidad, espuestos a las miradas del público, sometidos a una crítica implacable, disecados por la mano amiga del Sr. Rivero, quien los exhibió ante el país en toda la deformidad de su conducta. Como el orador conoce muy de cerca á los sujetos y á los objetos de que se ocupaba, no es extraño que se espesara respecto de ellos con tanta exactitud.

Pero el hecho que mas resaltó en su peroración, el hecho que nos conviene consignar, el hecho que va adquiriendo la forma de una evidencia irresistible, y del que se encuentra ya la demostración en todas partes, es el doble hecho de que la situación progresista se hunde sin remedio, y de que para sustituirla no es posible otra cosa que una situación conservadora.

El Sr. Rivero se lamentó, como nos lamentamos todos, de que el presente estado de las cosas es violento, es contradictorio en sus caracteres, es híbrido en sus elementos, es absurdo en sus manifestaciones, es, por todos conceptos, insostenible. El Sr. Rivero declaró que, en su concepto, como el Sr. Alonso Matinez lo había declarado pocos días hace, la situación es muy grave, y se necesitan la unión y los esfuerzos combinados de todos los progresistas para alejar el momento de su caída estrepitosa. En apoyo de sus palabras citó aquellas que se pronunciaron en una ocasión reciente desde el banco azul, y presentaban como un triunfo grande del gobierno cada hora que se pasa sin una perturbación del orden material.

Todos, pues, están conformes, ministros, ex-ministros, diputados de la situación, progresistas, demócratas, todos convienen con nosotros en que la dominación de los hombres del día se halla en peligro eminente de muerte. Muy clara é innegable debe ser la verdad de ese suceso, para que así se resignen á reconocerlo y confesarlo.

Los progresistas se van! Su marcha desastrosa ha pasado ya del apogeo del poder, y entrado en el periodo de descenso. Podrá disputarse sobre si tienen todavía mucho terreno que andar; pero ya es indiscutible que se van, y que se van muy aprisa. ¡Loado sea Dios!

Pero el gefe de la democracia parlamentaria no se contentó con profetizar la próxima desaparición del reinado progresista, sino que se extendió en probar con muy buenas razones que no vendrá en seguida de esta situación, ni podrá venir, otra mas avanzada en ideas políticas, sino que la única posible, la necesaria, la ya inminente, la irresistible, es una situación en sentido moderado.

do, la cual «se está ya infiltrando en la actual por todos sus poros», según su misma frase.

Cuando El Occidente dijo esto mismo antes que nadie, halló incrédulos hasta entre sus amigos políticos. Poco tiempo ha transcurrido desde entonces, y ya nuestros juicios son defendidos y tenidos por exactos aun por los hombres que mayor interés tienen en negarlos. La presión de la opinión general del país, enérgicamente pronunciada, les obliga á confesar la verdad. La atmósfera política, gracias á los desastrosos, al desgobernado, á la nulidad del progresismo, se ha impregnado por completo de elementos moderados ó conservadores, y los partidos ó las situaciones que no puedan respirar en esa atmósfera tienen que morir asfixiados.

Si todavía necesitáramos otro testimonio mas de nuestros raciocinios, suministrados por nuestros adversarios, lo podríamos encontrar en la misma sesión de ayer, en el discurso del señor ministro de la Gobernación, quien no pudo menos de convenir con el señor Rivero, en que la juventud española se alista en masa en las filas del partido conservador y rehuye pertenecer al progresista. Bello triunfo para las ideas conservadoras es el que se funda en la conquista de la juventud! Noble timbre es para la juventud desear las declamaciones apasionadas, las exageraciones de las doctrinas, las seducciones de un falso y mentido oropel de liberalismo, y comprender que lo bueno y lo verdadero está en la moderación, y el progreso tiene por único fundamento sólido el orden social! Señalada victoria es para la juventud y para el partido conservador la confesión arrancada á sus contrarios de que se hallan íntima é irrevocablemente unidos! Ante la elocuente significación de estos importantes hechos, poco importan las interpretaciones violentas con que el Sr. Escosura los quiera desfigurar.

Segun pudimos entender, todo el discurso del señor Rivero puede resumirse en estos ó parecidos términos: «Puesto que el edificio progresista amenaza próxima ruina, nosotros los demócratas, que lo preferimos, aunque no sea en realidad el nuestro, al que sobre sus ruinas tiene necesariamente que levantarse, nos ofrecemos á cooperar á apuntalarlo; pero en cambio de este auxilio, pedimos y es justo que se nos permita tomar asiento en el festín de la situación.»

Apresurados, sí, apresurados unos y otros, progresistas y demócratas, á gozar de ese festín, con el escaso placer que podáis todavía conservar después de haber leído con pavorosos ojos el tremendo *Mane Theiel Phares*, que la opinión pública ha escrito en los aires, causándonos recelos que no os atreáis ya á combatir ni á disimular.

Vamos á contar en lenguaje liso y llano lo que pasó ayer en el Congreso. Antes de empezar, debemos advertir, que aunque la sesión duró mas de seis horas y en tan largo trecho se habló mucho, mucho, mucho, nosotros negamos á los debates de ayer la importancia que acaso les darán otros. Hemos dicho otra vez y repetimos hoy, que para nosotros no tienen importancia las sesiones consumidas en mutuas recriminaciones, en cuestiones de familia que nada interesan al país.

¿Qué significa en definitiva la sesión de ayer? Significa que el partido que se llama á sí mismo *liberal*, con una modestia que encanta y hace reír... de gozo, está profundamente dividido, se ajita en el caos, se disuelve, muere entre silvidos y maldicciones.

El anuncio de que ayer iba á esplanar el Sr. Rivero la interpelección tanto tiempo hacia anunciada, había llevado al Congreso millares de espectadores: las tribunas estaban de bote en bote, y desde las diez de la mañana pugnaban los curiosos en la calle del Sordo por penetrar en el edificio. No debemos pasar en silencio un suceso

ocurrido en aquella parte del palacio de las Cortes mucho antes de empezar la sesión. Uno de los que hacían vanos esfuerzos por subir á la tribuna pública, rodó por el suelo precisamente en el momento en que el coche de uno de los señores ministros pasaba por junto á la multitud. Esta prorrumpió en gritos y silvidos que alarmaron los alrededores del Congreso; pero la calma se restableció apenas pasó el coche, y los amigos del gobierno se tranquilizaron al saber que el héroe de aquella algaraza no había sido el Sr. ministro y si el pobre aficionado á tormentas parlamentarias que había rodado por el suelo.

Poco después de abrirse la sesión, el Sr. Jaen preguntó al gobierno si era cierto que se había tratado de separar de sus destinos á varios empleados públicos que habían votado en favor de la proposición presentada el jueves por el señor Sagasta.

El Sr. O'Donnell contestó que el gobierno tenía por la Constitución el derecho de separar libremente á los empleados, añadiendo que por su parte había admitido la dimisión de un diputado que pertenecía al ministerio de la Guerra, y que apenas votó contra el gobierno tuvo la delicadeza de presentarla; y que tenía por un absurdo el que un empleado del gobierno hiciese á este la guerra en la Asamblea.

Varios diputados que se habían creído aludidos, entre ellos el Sr. D. Juan Bautista Alonso, habían pedido la palabra sin que el señor presidente se la concediera. Al fin el Congreso acordó que hablara el Sr. Alonso, y habló para decir que no defendía su destino sino su honra, profundamente lastimada por el Sr. ministro de la Guerra; que había desempeñado fielmente su destino de fiscal del tribunal Supremo, y que no había tenido por conveniente presentar su dimisión, *aunque así se le había indicado*, por creer que eso era atentatorio á los derechos de los diputados de la nación.

El Sr. Bueno anunció en seguida una interpelección sobre las doctrinas sentadas pocos momentos antes por el Sr. ministro de la Guerra, y este repuso que las interpelecciones deben versar sobre hechos y no sobre doctrinas, en lo cual no estamos de acuerdo con el Sr. O'Donnell.

El gobierno manifestó inmediatamente que estaba dispuesto á contestar á la interpelección que tenía anunciada el Sr. Rivero.

El diputado demócrata empezó diciendo que unas veces por grandes disgustos domésticos y otras por haberla aplazado el gobierno, no había esplanado su interpelección antes, y recordó que la había anunciado mucho después de haber visto que el gobierno que nació de la revolución de julio había empezado á declinar, á languidecer, y cuando preveía muchos de los males que iban á sobrevenir.

Cuando el Sr. Rivero vió el desenlace de la última crisis, creyó que no debía aplazar por mas tiempo su interpelección, porque el gabinete era el mismo, porque solo habían desaparecido de él los ministros parásitos.

El fogoso diputado demócrata condenó enérgicamente las perturbaciones de todo género, de las cuales no pueden resultar sino males sin cuento; aseguró que la democracia no las provocaría, porque á sus hombres les basta tener abiertas la tribuna y la prensa, con las cuales se abrirán paso sus ideas, que crecen de día en día.

Entrando de lleno el Sr. Rivero en el objeto de su interpelección, manifestó que no queriendo combatir á todo trance la situación actual, se preguntaba:

—¿Se equivocarán mis ojos al verla con tan negros colores?

Y se contesta:

—No, no se equivocan, porque todos los españoles la ven sombría, insoportable, odiosa. Y nada importa que un ministro diga que la situa-

ción no es mala, porque á renglón seguido ese mismo ministro declara que se deben dar gracias á Dios cada hora que se pasa sin una perturbación. ¿Qué importa que se nos diga que la situación no es grave si al mismo tiempo se levanta un individuo que acaba de dejar el banco azul á decirnos que la situación es desesperada?

El Sr. Rivero deduce de todo esto que la situación actual es crítica, es grave, es desesperada, es insostenible, y que es un crimen ocultarlo. Los peligros de la situación deben hacerse patentes, según el diputado demócrata, para que los representantes del país los remedien.

Pasando después el orador á analizar el actual gabinete, dijo que el duque de la Victoria tiene una sola significación, una significación negativa, constituyendo el antemural poderoso contra todo movimiento reaccionario. Pero en las circunstancias actuales no basta ese concepto de S. S.; es necesaria una inmensa iniciativa. En cuanto al general O'Donnell, el Sr. Rivero le presentó como engañado por la ilusión de querer conciliar lo inconciliable, y le pronosticó que si no deja esa quimera y sigue los deseos que le impulsan á retroceder, la reacción cortará su cabeza.

Respecto de los demás ministros, preguntó el Sr. Rivero si eran ellos las eminencias del partido progresista, añadiendo que si este partido tenía buenos hacendistas, administradores y hombres ilustres de gobierno, debían estar sentados en el banco azul; y terminó manifestando que al partido progresista, según la conducta que sigue, esté de acuerdo ó no con los principios reformadores, le estaba reservada una gran gloria ó una gran vergüenza.

El señor ministro de la Guerra empezó quejándose del ataque que, en su concepto, aunque en formas parlamentarias, le había dirigido el señor Rivero, cuyo discurso dijo que estaba reducido á atribuir los males de la situación al antagonismo entre su persona y la del duque de la Victoria.

El Sr. O'Donnell sostuvo que antes de la revolución de junio el partido moderado se había suicidado, y que aquel movimiento no fué producto sino de una docena de hombres de corazón.

El Sr. Rivero había calificado de bárbaro al capitán general de Cataluña, y el Sr. O'Donnell deploró que se hablara así de un general que ha concluido con el movimiento carlista, y añadió que si el Sr. Zapatero ha sometido á los culpables al fallo de un consejo de guerra, se ha atenido á la ley de 17 de abril, que rige en aquellas provincias. El Sr. Rivero rectificó diciendo que no se podía conocer mas barbarie que la de los bandos del capitán general de Cataluña. El señor ministro de Estado, contestando al Sr. Rivero, que había dicho que, exceptuando los generales Espartero y O'Donnell, los demás individuos del gabinete eran nulidades, dijo que él no se tenía por una notabilidad; pero que al Sr. Rivero le había sido fácil subir á la altura en que se encontraba, y él había derramado alguna sangre para subir á otras alturas.

El Sr. Rivero contestó que no había llamado nulidades á los demás individuos del gabinete, pero que no los tenía por eminencias parlamentarias.

Picado el Sr. Escosura con la calificación de nulidad, que tambien le correspondía, empezó su turno oratorio diciendo que si S. S. no es una eminencia, tampoco es una planta parásita, porque estas viven de los jugos del árbol á que se abrazan para destruirle y S. S. ha entrado en el ministerio para servir á su país, al trono y al duque de la Victoria.

El Sr. Escosura negó que hubiera dos políticas en el gabinete, porque si así fuera, los ministros tenían que ser desleales á una, y todos estaban

decididos á sostener el pensamiento del gefe del gabinete. Su señoría añadió que la Constitución que acaba de votarse es democrática hasta donde es posible serlo, sin incompatibilidad con el trono; que la Milicia nacional es otra prueba de la gran latitud que entre nosotros tienen las ideas liberales, pues el gobierno no interviene en el alistamiento, sino que lo hacen los ayuntamientos, y luego esos ciudadanos nombran sus gefes, habiendo en España centenares de batallones completamente uniformados y armados, y que la unión de todos los liberales es necesaria, y con ella no hay que temer la reacción que había anunciado el Sr. Rivero.

Prorrogada la sesión, hicieron uso de la palabra los demás ministros, entre ellos el duque de la Victoria, quien se limitó á negar que hubiese antagonismo entre él y el Sr. O'Donnell y á lisonjearse con la esperanza de que la situación no tardará en consolidarse.

Eran las ocho, y aun quería hablar el Sr. don Juan Bautista Alonso; pero los diputados abandonaron repentinamente el salón, no sabemos si por no oír á S. S., ó porque, y es lo mas probable, estuviesen ya fatigados, y la sesión se levantó.

Nuestra desventurada patria se halla hoy afligida por una calamidad pública tan desastrosa casi como la situación política que hace algun tiempo la tiene indignada.

Hablamos de los crudisimos temporales que se han desencadenado con una furia y una duración desconocidas.

Las inundaciones han cubierto y destruido los caminos, han arrasado las heredades, han interrumpido las comunicaciones mas necesarias y paralizado casi por completo el comercio interior.

En tan desdichadas y aflictivas circunstancias, cuando las clases menesterosas se ven mas crudamente oprimidas por sus necesidades y cuando á la inquietud que por otros motivos reina, se agregan tan fuertes causas de malestar, el gobierno tiene la obligación imprescindible, inmediata, de reconcentrar todos sus medios de acción y sus recursos materiales en disposiciones que neutralicen lo que sea posible los tristes efectos de tamaña desgracia.

El azote que la Providencia nos envía después, del que nos ha oprimido los últimos veranos, tiene quebrantadas las fuerzas de los pueblos que, á pesar de su heroico sufrimiento, no saben de qué modo resistir estas continuas adversidades.

Llamamos, pues, toda la atención del gobierno hacia los apuros que hoy pesan sobre todas las clases del país, y confiamos en que para llenar en semejante trance todos los deberes de humanidad y patriotismo, dará treguas á otros trabajos; pues en las actuales circunstancias no los hay preferentes al remedio de los infortunios que agobian á España.

La noticia de las destituciones que se anuncian, tiene en alarma y angustiosa ansiedad al mundo oficial.

Los que hasta hoy habían hecho repetidos alardes de exageraciones contrarias á la causa monárquica, sin esponder la cómoda posición alcanzada por sus conexiones de partido, se maravillan de que el ministerio se muestre mas susceptible que otro poder del Estado.

Sin embargo, estos hechos á nadie debían sorprender, porque son consecuencias naturales del abandono en que se han dejado los principios por atender á las personas.

El desengaño irá alicionando con su implacable realidad á muchos ilusos, y las maniobras y mistificaciones que ya parecen iniciadas, acabarán de arrancar la venda á los mas alucinados.

favoreció sencillamente los cálculos de su interlocutor y no pensó en alejarle.

Pablo hizo una señal brusca, inclinó el oído á la puerta de la habitación y dijo en voz baja:

—Se abre la puerta... se está levantando... señor conde, estás en gran negligé de baño de mar, y no puedes presentarnos á una mujer en ese traje.

Estremeciéndose Raimundo, y echando una ojeada sobre la devastación de su traje, comprendió que era bueno el consejo de Pablo, y abriendo la ventana de su habitación, se metió por ella y desapareció, teniendo ser sorprendido en aquel desorden, inescusable aun en un desierto.

Cuando Pablo permaneció solo, dió una carcajada como un estudiante que ha engañado á su maestro, y se felicitó de su habilidad.

De repente, las coloras multicolores que se balanceaban en las cañas de la habitación común, soltaron una porción de notas de oro, como si el sol hubiese sacado una hora después que de costumbre. Pablo entró conmovido y vió radiar en la sombra que producían las persianas un nuevo astro, desconocido de los solitarios de Samarang.

El joven saludó con una semi-genuflexión y balbuceó algunas palabras sin sentido, pero cuyo tono era muy respetuoso; bastaba esto en un momento de sorpresa y de febril agitación.

La forastera tomó la mano de Pablo, y estrechándosela, dijo:

—Os doy gracias á vos, el primero que encuentro, y á vuestros amigos. Habéis estado toda la noche velando por mí.

—Si señora, dijo Pablo tratando de dominar su emoción; hemos velado, pero no estéis reconocida por ello, pues es cosa que sucede con frecuencia; dormimos

aquí la siesta todos los días el verano, y el verano dura doce meses.

La joven respondió con una ligera sonrisa, y volvió graciosamente la cabeza para presentar sus labios de coral á una cotorrita que acababa de pararse en su hombro, como una flor alada, deslumbrante con sus ricos colores.

Pablo quiso aprovecharse de aquel incidente para desembarazarse de su emoción, y tomando el tono de la familiaridad, dijo dando palmadas:

—Pues me gustó... es un verdadero milagro!... una cotorrita tan salvaje como una pantera negra que viene á jugar con vos desde el primer día!

—No es extraño, dijo la joven forastera: habéis oído el *pantoun* malayo titulado *las bestias y la mujer*?

—No señora, dijo Pablo, no he oído ese *pantoun*, y lo siento mucho.

—Pues bien, continuó ella, ese *pantoun* atribuye á ciertas mujeres un maravilloso privilegio, un prodigio de atracción. Dicen que procede esto de la forma ó del calor de los ojos. Un naturalista indio ha escrito un libro para explicar este fenómeno, pero no ha explicado nada. Como creéis que en Samarang, en un bosque de palmitos, llamé á un lorito y vino á ponerse en este dedo como pájaro domesticado?

—Creo todo, señora dijo Pablo; ese lorito no era un animal.

—Por lo demás, continuó la forastera, no tengo la vanidad de poseer un privilegio que tienen muchísimas mujeres. Es cosa demasiado común para que sea un fenómeno.

Cuando decía estas palabras, entró el conde Raimundo, escusándose de su tardanza con la mejor gracia del mundo, iba vestido de un elegante traje de planador, que sentaba al caballero tan bien como un vestido de corte. Su alto y noble rostro ganaba mucho

con la suspensión del peinado de polvos, al que recientemente adornaban hermosos cabellos negros.

—Siento haber llegado tarde, señora, tanto mas, cuanto que he perdido la relación de vuestras aventuras, y os niego que volváis á principiarla.

—No tenéis que sentir nada, dijo la joven sonriendo; estaba hablando con vuestro amigo de cosas del todo indiferentes.

—Me alegro, dijo el conde, así pasaremos ahora á la relación.

Menó la joven la cabeza con una inefable espresión de melancolía, y dijo:

—Ah! señores no puedo contaros nada, nada... Me habéis acogido esta noche con una gracia y con una bondad que jamás olvidaré, y yo me veo obligada á responder con una negativa á la primera cosa que me pedís.

Raimundo y Pablo parecieron muy contrariados de esta extraña repulsa, pero no insistieron. La joven cambió súbitamente de tono y añadió:

—Me permitiréis, señores, que examine vuestro país? Esta noche, estaba muy oscura, y no he visto nada; además...

Un suspiro interrumpió la frase.

Raimundo de Clavieles ofreció su brazo á la joven obstinadamente desconocida, y salió á la terraza. Pablo le siguió con el aire descontento del que se invita á sí mismo para una partida de placer.

Presentóse en la terraza con todo el brillo de su belleza criolla; su *sareé* indio, apretado con un cinturón de perlas, permitía reconocer la esquisita elegancia de su tallo; sus ojos de iris aterciopelado parecían haber tomado del golfo de Bengala dos de esas luminosas centellas que el sol le prodiga al medio día. Un pañuelo de crespón nankín de China, medio oculto á sus hombros; la brisa del mar había tostado su tez de marfil; y como todo daba pretexto para conjeturas en el misterio de la

desconocidad, este desdeñ por las precauciones de la coquetería contra los ardores del sol, anunciaba que la forastera acababa de pasar una de esas aventuras que hasta quitan á la mujer la idea de defender su tez y su belleza.

La tranquila espresion del rostro desmentía este indicio, y el conde de Clavieles, al examinar con todos los miramientos de la política las líneas de aquel rostro encantador para descubrir otro indicio y fortificar su conjetura, no podía cojer al vuelo la huella de la mas pequeña nube. En su pura frente se revelaba la serenidad del pensamiento. Decididamente, pensaba el conde, esta mujer no padece; no ha sufrido ninguna catástrofe reciente; es una aventurera ó una criolla gastada que anda á caza de emociones. Apenas había formado el conde este juicio, cuando se avergonzaba de aquella mental calumnia. Una aureola de pudor y de bondad, parecía coronar á la desconocida y defenderla contra semejantes sospechas. El misterio subsistía pues en sus primeras tinieblas. Ni aun se levantaba una punta del velo.

Siempre que el conde Raimundo, con una diestra táctica, hacia que recayese la conversación sobre aquella campana que había dado la señal de un naufragio, en el silencio de la última noche, la desconocida, con la destreza de su interlocutor, rompía el hilo de la conversación, y se evadía por la puerta falsa de un episodio improvisado. Quedaba un último recurso, y el conde no le olvidó. Acababa de enseñar á la desconocida, con el orgullo de un propietario europeo, todas las dependencias de su propiedad colonial, el jardín, la granja, la lechería, el establo, la pastoria, y Pablo había acompañado con sus comentarios esta nomenclatura nuestros tres personajes habían bajado á la orilla del mar, no por la línea recta, sino por las revueltas de las calles de árboles.

Ilmo. Sr. Entrada S. M. la Reina (Q. D. G.) de una pluma de D. Leon Cappa para que se le autorice para hacer los estudios de una línea de ferrocarril que pasando por los cerros de San Juan de la jurisdicción de Gargallo (provincia de Teruel) desembogue en el río Ebro por el punto más corto y conveniente, en el término de San Juan de la Ribera, con arreglo al art. 43 de la ley de ferrocarriles, sin perjuicio de derecho a la concesión ni a indemnización de ninguna clase.

De real orden lo digo a V. I. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 12 de enero de 1856.—Alonso Martínez.

Señor director general de obras públicas.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Sanidad.—Negociado 2.º

En vista de la consulta que V. S. eleva a este ministerio con fecha 23 de diciembre último, en virtud de la cual se le pide la comisión de la junta provincial de Sanidad, acerca de las palabras, *viene redondo* con que la tarifa de derechos sanitarios aprobada con la ley del 28 de noviembre próximo pasado, determina que los que deben satisfacer los buques de distintas caballos: S. M. la Reina (Q. D. G.) la he tenido a bien resolver que por *viene redondo* se entienda el que hace un buque desde el puerto de su salida hasta su regreso al mismo, si este se verificase en lastré y sin nuevo cargamento, pagando los derechos por entero en el referido primer puerto, y que no es *viene redondo*, sino distinto, el que verifica el buque que regresa al punto de partida con nuevo cargamento, y el que hace el que con esta circunstancia se dirige a otro puerto diferente.

De real orden lo participo a V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 14 de enero de 1856.—Huelgas.

Señor gobernador de la provincia de Málaga.

CORREO DE PROVINCIAS.

De una correspondencia de Sevilla extraemos las siguientes noticias:

El día 13 había disminuido el río una tercera el nivel de sus aguas en las primeras horas, pero no por eso había disminuido la inundación en el interior; al contrario, esta había crecido pululada y media mancha.

Ya hemos anunciado que era muy fácil invención que se depusiera a los señores, y efectivamente ya se ha verificado algunos. Es sin duda el que acaeció en la noche del viernes 11. Inundado completamente aquel barrio, sus vecinos se vieron obligados a disparar tiros para demandar socorro: estas detonaciones produjeron el sobresalto y ansiedad que es de presumir. El señor de Calcano, alcalde de aquel barrio y oficial de la Milicia Nacional, se lanzó el primero al sitio de la ocurrencia, llegando al agua a la cintura, y tras él los nacionales todos de aquel arrabal, presumiendo tendría que hacer frente a peligros de otro género. Afortunadamente se desmoronó bien pronto la causa del tumulto, y la alarma concluyó naturalmente: parece que no hay desgracia personal que deplorar.

En los pueblos comarcas han tenido también lugar muchos hundimientos; solo en el pueblo de la Alagaba se han arruinado sobre cuarenta casas.

El tiempo se mantiene sereno, aunque no completamente despejado.

Ayer, a las doce menos ocho minutos de la mañana, se experimentó un temblor de tierra que duró 23 segundos según nos han asegurado.

De Barcelona dicen con fecha del 13:

«Ayer tuvo lugar un banquete en casa del Excmo. señor gobernador civil, al cual asistieron el Excmo. señor capitán general, el señor general Bassols, algunos individuos de la diputación, otras autoridades de Barcelona, y los cuatro propietarios de la montaña que se hallan accidentalmente en esta ciudad y que vinieron con el señor general Ríos.

Reinó la más completa unión y armonía, y a los postres se pronunciaron varios brindis dedicados a los objetos queridos de todos los libertales.

A la noticia de la llegada a Tarragona del señor comandante general, el brigadier Sr. D. Ignacio Plana, podemos añadir que dicho señor recibió a las autoridades que le visitaron, manifestando conocer perfectamente el mecanismo del gobierno constitucional y las atribuciones propias de cada funcionario, hallándose dispuesto a respaldarlas.

Su deseo se cifra en que se conserve la paz como origen fecundo de prosperidad, en que todos los hombres honrados cuenten con su apoyo para todo lo bueno, sin que por su parte le califique por el dictado político que se les atribuya, sino por sus hechos, siendo su anhelo el que todas las autoridades y corporaciones concuerden reíprocamente la mayor armonía.

Escrito de Tarragona que, practicadas las correspondientes escavaciones en uno de los terrenos próximos al sitio llamado la Rabasada, acaba de ser hallado un tesoro que consistió en 150 onzas de buena moneda. Parece ser que esta cantidad había escondida en la época del sitio por los franceses, y que, sin embargo de las señas que indicaban el sitio, tales eran que sin duda habían venido a perderla, no existiendo ya en aquel sitio los alacalargarros, se hallaron desorientados. Dices que el que ha dado con el hallazgo ha hallado con las 150 onzas, y que había venido en busca de una mina. Si es cierto, no la ha hallado mala y puede estar satisfecho.

—A la fecha del 13, Alcey estaba tranquilo. Ocupada la ciudad por fuerzas considerables y desarmada la milicia de la Milicia, iba a procederse a su organización con arreglo a la ley.

Según allí el gobernador civil de Alicante y el comandante general.

Según se asegura, de resultas de la manifestación popular, quedó y continúa abolido el arbitrio municipal que la originó. El gobernador civil no ha dispuesto nada con el fin de restablecerlo de volver al menos al ayuntamiento parte de su perdida autoridad.

VALENCIA 16.—Entre los desastres que el violento huracán, que tuvo lugar desde las once de la noche del domingo último a las dos de la madrugada, de haber causado a los buques surtos en el puerto, dos de los cuales fueron completamente destruidos, y uno del que se salvó a costa de la tripulación, se cuenta el daño ocasionado en uno de los pontones de la plaza que estaba situado en la plaza y amarrado con dos gruesas cadenas. Rotas estas, quedó el pontón a discreción de la mar; siendo causa, como ayer dijimos, de la mayor parte de las avarias acaecidas, arrojando la fuerza de las olas fuera del puerto, desde el principio de la noche, según después se ha podido inferir.

A las diez de la mañana del lunes, el acreditado y antiguo práctico José Simó, se ofreció voluntariamente a salir con un vapor en su busca, y no encontrándolo en la dirección que algunos le habían indicado, después de haber salido 24 millas a la mar, hizo rumbo al Cabo de San Antonio, logrando encontrar el pontón 12 millas al sur del Cabo de Cullera, y regresando a la plaza a las cuatro y media de la tarde; debiéndose a su mucha pericia, y esperiencia el feliz resultado de esta expedición, cuyo buen desempeño nos complacemos en hacer público en justa recompensa del servicio que ha prestado.

CORREO ESTRANJERO.

Casi todas las noticias y datos recibidos en el correo de ayer, están conformes con algunos puntos esenciales acerca de la cuestión de la paz. La respuesta de la Rusia es evasiva, y está llena de reservas y de reticencias que se alzan bastante de las proposiciones que le han sido presentadas. Es, pues, de presumir que, en vista de lo que los despachos telegráficos que después publicamos manifestaron, la aceptación del ultimatum por Rusia había sido a consecuencia de la actitud que ha presentado el Austria y que tal vez no esperaría la Rusia.

El *Constitucional* pretende nada menos que Austria ha manifestado su firme intención de que si llegaba al caso de tener que llamar a su embajador, presentaría en la Dieta germánica proposiciones para conseguir el consenso unánime de la Confederación en la lucha que tendría que sostener con la Rusia. Esto, como se ve, es gravísimo, y a ser cierto, pudiera producir un cambio completo en la política alemana, que por necesidad tendría que salir del sistema de neutralidad, para adherirse a una u otra de las partes beligerantes.

El *Diario alemán de Francfort* considera este hecho bajo el punto de vista austriaco, y dice que cualquier sea la resolución de la Dieta, Austria hará lo que deba por su propio interés y por el restablecimiento de la paz, y que la potencia alemana que intentara en este caso amenazar a Austria tomaría sobre sí una grave responsabilidad. Escusado es decir que esta indirecta va dirigida a la Prusia.

Según escriben de Viena el 11 de enero a la *Gaceta de Postas*, una vez que el gobierno ruso aceptase las proposiciones que le han sido sometidas, Austria podría ir a París y a Londres un amistoso, y que se abriesen las negociaciones propiamente dichas. Para ello enviaría un embajador extraordinario de Viena a las potencias occidentales. El *Tiempo*, diario semi-oficial de Berlín, cree que al fin se hará la paz, y que el llamamiento que el emperador de Rusia ha hecho a los defensores de la fe oriental no prueba nada en contrario, así como tampoco el consejo de guerra que está reunido en París, pues cuando más, estas medidas serán de poca preocupación.

Es muy extraño lo que está sucediendo en los Estados Unidos. Después de un sin fin de votaciones y escrutinios, no ha podido la Cámara de representantes elegir su presidente, lo que no dejó de ser sumamente curioso. Cansado el presidente Pierce de estas dilaciones, presentó el 31 su mensaje; pero la Cámara se negó a oír su lectura, su pretexto de que no estaba constituida. Surgió de aquí naturalmente un conflicto; la Constitución marca que se presenten estos documentos dentro del año; previene al mismo tiempo, que esta presentación no se puede verificar sino cuando la Cámara se halle constituida; a la finalización el año, la Cámara no había llegado a constituirse; el presidente, pues, ha creído cumplir con su deber presentando el mensaje dentro del plazo legal, aun cuando no se haya constituido la Cámara que la Constitución señala.

Una correspondencia de New York dice, que esta determinación del presidente Pierce ha sorprendido al país; por lo demás, el tono pacífico en que está concebido el mensaje ha causado una gran satisfacción.

Se supone que en la apertura del Parlamento inglés se van a dirigir a lord Palmerston fuertes ataques por los partidarios de la paz.

La telegrafía privada transmite los despachos siguientes: *Berlin*, lunes 14 de enero.—La respuesta del gobierno ruso a las proposiciones de Austria, llevadas por el conde Esterházy, admite la aceptación de estas proposiciones en principio. La Rusia no introduce en ellas, en efecto, modificaciones importantes; únicamente rehusa la cesión territorial que se exige de ella en Besarabia, y consiente en el cambio de los territorios respectivamente ocupados por las partes beligerantes.

El conde Buel ha rechazado las contra-proposiciones rusas sin disculpar. Ha hecho presentar al mismo tiempo al príncipe Gortschakoff el próximo cumplimiento de las relaciones diplomáticas entre Austria y Rusia.

CORTES.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR INFANTE.

Extracto de la sesión celebrada en 19 de enero de 1856.

Abierta a la una y media y leída el acta de la anterior, fué aprobada en votación nominal.

El Congreso recibió con aprecio una exposición de la diputación provincial de Badajoz manifestando la reprobación universal que ha merecido en aquella provincia el escandaloso atentado del día 7, y felicitándole por el valor cívico con que se condujo en aquellos momentos.

Igualmente recibió con aprecio otra exposición de la diputación provincial y ayuntamiento de Guadalajara, dando gracias a las Cortes por haber aprobado el ferrocarril de Madrid a Zaragoza.

A la comisión de instrucción pública pasaron tres exposiciones: primera, de D. José Arce y Gómez; segunda, de los católicos de filosofía elemental de la ciudad de Valencia; y tercera, de varios farmacéuticos de Cádiz.

El Sr. GARCIA: La provincia que tengo el honor de representar con mis dignos compañeros, ha felicitado hoy al Congreso por haber aprobado la línea del ferrocarril a Zaragoza: la diputación provincial no estaba reunida cuando las Cortes tomaron ese acuerdo, y en cuanto se ha reunido, su primer acuerdo ha sido dirigir a las Cortes la exposición que se acaba de leer. Al mismo tiempo me encarga haga presente a las Cortes lo sensible que le fueron los acontecimientos del día 7, y que manifieste lo dispuesta que está aquella diputación provincial a sostener todas las prerogativas de la Asamblea.

El Sr. GARCIA JOVE: Tengo el honor de presentar a las Cortes dos exposiciones del ayuntamiento y junta de comercio de Gijón para que se conserven los derechos que en la actualidad pagan los carbones de piedad.

Se acordó que pasasen a la comisión de aranceles.

El señor ministro de Fomento ocupó la tribuna y leyó un proyecto de ley pidiendo un crédito extraordinario de 50 millones con destino a carceres.

Se anunció que este proyecto de ley pasaría a las secciones para nombramiento de comisión.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día: discusión de los dictámenes que quedaron sobre la mesa.

Sin discusión ninguna fueron aprobados los dos dictámenes de la comisión de actas; el primero proponiendo la aprobación de las de la provincia de Gerona, y la admisión del señor don Narciso Ametller, y el segundo en que se proponía la anulación de las de las islas Baleares.

Se anunció que se avisaría al gobierno para los efectos consiguientes.

Se mandó pasar a las secciones para el nombramiento de comisión una comunicación del señor ministro de Gracia y Justicia participando haber permutado sustituto el diputado don Rafael Guardamino con el señor Aguiar y Mela.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el Sr. Jaen para hacer una pregunta al gobierno de S. M.

El Sr. JAEN: Señores: no diré todos los períodos, pero la mayor parte de ellos, se ocupan hoy de un asunto de sobrada gravedad, y que ha llamado mi atención. Se ocupan de destituciones o de dimisiones de empleados de la nación, que el día pasado de apoyaron con su voto la toma en consideración de la proposición del Sr. Sagasta. Mis opiniones respecto de las circunstancias que deben concurrir en los diputados de la nación son bien conocidas, y no puedo aparecer sospechoso de las opiniones que emita sobre destituciones.

El Sr. PRESIDENTE: Limitese V. S. a hacer la pregunta.

El Sr. JAEN: No admito las destituciones ni las dimisiones, porque siempre creo que son perjudiciales; hoy lo serían mucho más, porque los diputados de la nación deben contar con la mayor independencia.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a V. S. que se limite a la pregunta. Se va a leer el artículo del reglamento relativo a las preguntas. (Se leyó).

El Sr. JAEN: iba a esplanar mi pregunta para poner al gobierno en el caso de que pudiera dar una explicación cumplida, evitando así tener que hacer una intersección que se suele cometer cuando ya no es oportuno. Yo no quiero maliciar el tiempo, me limitaré a decir al gobierno que de algunas explicaciones, si no tiene inconveniente en ello, sobre esas destituciones.

El señor ministro de la GUERRA: Seré sumamente parco. Comprenderá el Sr. Jaen la autoridad y las facultades que residen en el gobierno para separar a un funcionario público, siempre que lo estime conveniente al mejor servicio, y el gobierno usará de ese derecho cuando lo juzgue necesario.

Ha hablado S. S. de dimisiones, y a eso solo diré que si ha habido algún diputado que habiendo votado contra el gobierno ha presentado su dimisión, eso

prueba que ha comprendido lo delictivo de su posición. Yo nunca hubiera servido a un gobierno, a quien hubiera combatido en el Parlamento. Contestando a la pregunta de S. S., diré que el gobierno separará a los funcionarios públicos que tenga por conveniente, siempre que crea que el interés del país lo exija.

El señor JAEN: Pido la palabra para rectificar algunas personas.

El señor PRESIDENTE: No puedo concedérsela a V. S., porque el reglamento está terminante.

El señor RIVERO: Pido la palabra para una cuestión de orden.

El señor PRESIDENTE: No hay cuestión de orden.

El señor RIVERO: Protesto contra esa doctrina, que rechaza las cuestiones de orden, pues hay orden donde hay debate, debate donde hay procedimientos, y donde hay procedimientos hay orden. Suplico a V. S. que me oiga.

El señor PRESIDENTE: Yo no hago más que cumplir el reglamento, no puedo permitir a V. S. que hable, porque el reglamento no lo permite.

El señor RIVERO: Nadie está a más altura que el reglamento, y V. S. está obligado a escucharme por decoro personal, porque cuando invoco un error de S. S., su gran decoro está interesado en escucharme.

El señor PRESIDENTE: Repito que no puedo conceder la palabra a V. S.; yo no he cometido ningún error.

El señor RIVERO: Una sola palabra que tengo derecho a decir; puesto que es el único juez en errores, me atengo a S. S.

El señor JAEN (don Tomás): Pido la palabra, señor presidente.

El señor PRESIDENTE: No puedo concedérsela a V. S. La tiene el señor Pardo para hacer una pregunta al gobierno.

El señor PARDO: Aunque la pregunta del señor Jaen ha sido contestada en parte por el Sr. Rívera de la Guerra, como es la misma que yo iba a hacer, voy a esplanarla un poco más.

Pregunto al gobierno de S. M. si son ciertos los rumores circundados ayer en el Congreso, y que hoy reproduce toda la prensa periódica, de que a consecuencia de la votación de antes de ayer, no solo se ha tratado de la destitución de algunos diputados que ejercen cargos públicos, sino que se han dirigido a los mismos para que licieran su renuncia; y se dice más; y es que si no querían ser destituidos, tratasen de anular sus votos de una manera directa o indirecta. Esa política fué iniciada por algunos ministerios moderados, conculcando así con la independencia de las Cortes, y es de advertir que entonces eran Cortes ordinarias y ahora son Cortes constituyentes.

Si no me satisface la respuesta que se dé, me reservo hacer una intersección, en cuyo caso esplanaré mis ideas sobre el particular.

El Sr. ministro de la GUERRA: Yo sostengo aquí un principio de gobierno, que es separar a los empleados siempre que el bien del servicio lo exija. El sostener otra cosa es un absurdo.

El Sr. JAEN: Pido la palabra para alusiones personales.

El Sr. ministro de la GUERRA: Yo no he aludido al Sr. Jaen ni lo designaré jamás con el apodo de absurdo. He dicho que era absurda la doctrina.

Un diputado que depende del ministerio de la Guerra, y que antes de ayer votó contra el gobierno, tuvo la delicadeza de presentar su dimisión y se le ha aceptado. ¿Cómo es posible que un gobierno esté bien servido por personas que combaten su política y sus actos? Si algunos otros diputados se encuentran en el mismo caso que el que he dicho y presentan su dimisión, el gobierno hará lo que crea más conveniente.

El Sr. ALONSO (D. Juan Bautista): Pido la palabra para alusiones personales.

El Sr. JAEN: Pido la palabra para alusiones personales.

El Sr. PRESIDENTE: No ha habido alusión a S. S.

El Sr. JAEN: Yo digo que sí.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a S. S. que se siente.

El Sr. ministro de la GOBERNACION: Si se quiere amplio debate sobre la materia, ¿por qué no se adoptan los medios que prescribe el reglamento? Se ha hecho una pregunta, se ha contestado por el gobierno, y si esta contestación no satisface, puede, o anunciarse una intersección, o formular una proposición: hágase cualquiera de estas dos cosas y entraremos en el debate.

Señores, aquí se viene a preguntar al Consejo de ministros el secreto de sus deliberaciones, y a este terreno no vendremos, porque no debemos venir: quiza simple diputado hubiera entrado en la cuestión, pero como ministro se lo que debo a este puesto.

El señor ministro de la Guerra ha contestado lo único que se puede contestar, y es que el gobierno tiene el derecho de nombrar y separar libremente los empleados, y si esto del lugar a exigir la responsabilidad, las Cortes pueden exigir, ¿Pues qué, ministros de la Corona, encargados del gobierno del país en circunstancias difíciles, hemos de responder de nuestros actos y de lo que hace el gobernador de la mas remota provincia, sin tener la facultad de nombrar y separar libremente los empleados? Este absurdo no puede estar en vuestras cabezas; la pasión de partido os ha cegado.

El Sr. ALONSO (D. Juan Bautista): He pedido antes la palabra para alusiones personales.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. no ha sido aludido.

El Sr. ALONSO: V. S. puede hacer de mí lo que quiera; pero matar mi honor, eso no.

El Sr. PRESIDENTE: Yo no quiero matar la honra de S. S.

El Sr. ALONSO: Parece que sí.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el Sr. Suarez (D. Gabriel) para hacer una pregunta al gobierno.

El Sr. Suarez (D. Gabriel): Desearía saber si el señor ministro de Hacienda está dispuesto a poner término a los males que afligen a la provincia de Badajoz por la falta absoluta de sal.

El Sr. ALONSO (D. Juan Bautista): Reclamo el uso de la palabra y no me sentaré hasta que se me haya concedido.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a V. S. que tome asiento.

El Sr. ALONSO: Ruego a V. S. que respete mi derecho, que obligación tiene de respetar.

El Sr. PRESIDENTE: Continúe V. S., Sr. Suarez.

El Sr. ALONSO: Señor presidente, no pido favor, pido justicia. Reclamé después la palabra.

El Sr. SUAREZ (D. Gabriel): Señores, los habitantes de la provincia de Badajoz, no solo no tienen sal para la industria que en esta época se ejerce en aquel país, sino que carecen de ella hasta para alimentarse. El pobre beseo salar, si el señor ministro de Hacienda ha adoptado las medidas necesarias para remediar esos males.

El Sr. ministro de HACIENDA: Desgraciadamente es cierto lo que dice el señor diputado, de que hay gran escasez de sal en la provincia de Badajoz. El gobierno, para remediar esta necesidad, ha acudido hasta el extremo de ir a buscar una cantidad respetable de sal a Portugal. Esto es consecuencia del temporal y del mal estado de los caminos, y el gobierno no solamente por sí ha querido remediar este mal, si no que ha obligado al contratista a que conduzca allí la sal necesaria, autorizando a los aldeanos para que a cualquier precio y por cuenta del contratista, busquen curros y caballerías para conducirla.

El Sr. ministro de la GUERRA: Debo declarar que no he aludido ni al señor Jaen, ni al señor Alonso (don Juan Bautista).

El Sr. ALONSO: Señor presidente, pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: No hay palabra, señor Alonso.

El Sr. ALONSO: Un momento, señor presidente; que la paciencia es una parte de la justicia.

El Sr. PRESIDENTE: Lo justo es no apurar la paciencia de nadie.

Después de un acalorado diálogo entre el señor presidente y el señor Alonso (D. Juan Bautista), se preguntó al Congreso si usaría de la palabra el señor Alonso y acordado que sí, dijo:

El Sr. ALONSO: Me ha obligado a insistir tanto en pedir la palabra, la alusión hecha por el señor ministro de la Guerra.

No se crea que voy a defender mi destino, no lo defiendo, señor ministro de la Guerra; en esa materia no soy un hombre vulgar: acepto ese cargo con dolo de mi interés. S. S. debe saber que no soy un hombre ignorado en España.

Tiene el gobierno noticia de que yo como fiscal del tribunal Supremo, he faltado a mis deberes? Los con-

sejeros de la Corona saben que no. Tengo la alta honra, y debo decirlo a la faz de la nación entera, que la fiscalía está desahogada al corriente, y que los magistrados del tribunal y el gobierno han pensado con el fiscal. Importa decir esto, porque un funcionario público es una garantía del Estado si cumple con sus deberes: si no cumple, debe ser juzgado; si no he cumplido venga el proceso, la sindicación, la responsabilidad, a todo estoy dispuesto. Riase su señoría, me importa poco, mas que la risa de su señoría importa la gravedad de mis palabras.

Ha dicho el señor ministro de la Guerra que si un diputado, funcionario público, presenta su dimisión dando en esto una prueba de su delicadeza, el gobierno de su magestad la acepta. Acepto las teorías antiguas o modernas de su señoría, pero debo decir que no he faltado a mi delicadeza cuando he dado cierta respuesta confidencial a quien me indicó que hiciera renuncia. Dije: si soy culpable, si soy delictivo, abiertas están las puertas de los tribunales; pero como diputado de los electores, completamente resguardado bajo el principio de la soberanía nacional.

Pero decía el señor ministro de la Guerra que cuando el servicio público lo reclame, al gobierno compete el poder separar a los empleados públicos. Señor ministro de la Guerra, ¿ha sido por razones del servicio público la separación de ciertos funcionarios? Es falso: y si esta palabra parece demasiado fuerte, la retiro, dire, es inexacto. Razones políticas pueden reclamarlo, el servicio público no.

Según las doctrinas del partido progresista, la doctrina de presentada por S. S. no es legal, no es la correcta: es altamente atentatoria a los derechos de los diputados de la nación. Queriendo mi honra satisfecha, lo demás me importa nada. Quede yo bien como diputado por la nación entera en el desempeño de mis deberes, que los demás intereses los desprecio.

El señor ministro de la GUERRA: No he atacado la honra del Sr. Alonso, ni he tratado de vituperar su buena opinión ni fama. El principio de nombrar y separar libremente el gobierno a los empleados está consignado en la Constitución que las Cortes acaban de votar, y parece que ahora se trata de poner en duda este principio.

El Sr. ALONSO: Yo he negado al gobierno esa facultad, lo que no quiero es que con este motivo se pueda poner en duda la honra de un diputado.

Concedida la palabra al señor Feijoo para anunciar una intersección, dijo que se reservaba hacerla el lunes.

El Sr. BUENO: Anuncio una intersección al gobierno de S. M. por las doctrinas que ha sostenido hoy en este sitio, que en mi concepto van derechos a herir y lastimar el principio parlamentario.

El señor ministro de la GOBERNACION: No conozco las intersecciones sobre doctrinas. Los ministros de la corona responden de sus actos, de sus hechos; háganse las intersecciones en ese terreno.

El Sr. BUENO: Extraño que el señor ministro de la Gobernación desconozca que pueden hacerse intersecciones sobre doctrinas y teorías, cuando estas son sentadas por un ministro. Días pasados ocurrió una cosa igual en una pregunta que se hizo, y no satisficieron ahora las contestaciones que se han dado, anuncio la intersección en los términos que he dicho.

Intersección del señor Rívera.

El Sr. PRESIDENTE: Si el gobierno está dispuesto a contestar a la intersección del señor Rívera, puede S. S. esplanarla.

El señor ministro de la GOBERNACION: Cuando el señor Rívera guste.

El Sr. RIVERO: Señores, hace mucho tiempo que tenía anunciada esta intersección; pero no he podido esplanarla, unas veces por graves disgustos domésticos, otras por haberla aplazado el gobierno, no obstante que un ministro moribundo decía que estaba siempre dispuesto a contestar.

Yo, que tenía el derecho de iniciar este debate por medio de una proposición, no lo hice, porque tengo la intención deliberada de no suscitar embarazos al gobierno que se sienta allí, como no sea el gobierno del general Narvaez. Hoy tengo dos razones para insistir en ella: la primera es que los grandes errores de la situación, errores que no son de un hombre ni de un partido, que son elementos fundamentales de la situación política, se desenvuelven en una proporción inmensa; hoy, señores, no nos entendemos, y en esta oscuridad casi no alcanza uno a distinguir al amigo del enemigo.

La otra razón es que después de lo que se ha llamado modificación, y yo llamaré perturbación ministerial, pues que no se reduce sino a la variación de los ministros parásitos que viven por la popularidad y los servicios del duque de la Victoria, ha quedado el mismo gobierno que tenemos pocos días hace.

Para proceder con método debo descartar algunas cuestiones preliminares. Una de ellas, y la más grave para mí, es el grande anatema que ya he lanzado, y reproduzco en este momento, contra las perturbaciones, contra las sediciones que vienen de fuera, perturbaciones y agitaciones que considero como la mayor calamidad que puede caer sobre este país. La primera razón que tengo para pensar así, es la defensa de las ideas democráticas, porque hay dos ideas que se han confundido y no deben confundirse: el partido democrático como escuela, y el partido democrático como partido político.

Señores, no se olvide que la situación que venga de fuera de esta será una situación mucho peor. Yo creo que 50 años de revoluciones políticas han dejado en nuestro país dos grandes enfermedades. Los pueblos, habituados a tener momentos pasajeros de libertad y largos períodos de despotismo, no han confiado nunca sino en la fuerza material y han destruido los gobiernos cuando se han creído más fuertes que ellos. El otro grande achaque es que los gobiernos en España han desconfiado de la legalidad, y han tendido siempre a apelar a medios de fuerza y de violencia. ¿Estáste yo, señores, equivocado cuando veo la situación con tan sombríos colores? No, señores, sois vosotros, es el gobierno, son todos los españoles los que la miran como peligrosa, como insostenible. ¿De qué sirve que se levante un ministro y nos asegure que la situación es buena? Al día siguiente otro ministro dice a las Cortes: «¡Dad gracias si pasé un día sin que haya una gran perturbación en el país!»

Se presenta la modificación ministerial, y el señor presidente del Consejo viene a anunciarla; pero se levanta un hombre que en aquel puesto ha aparecido muy inferior a sus condiciones excelentes de diputado, y nos dice palabras las más graves que pudieran decirse; nos afirma que la situación es desesperada y nos conjura a que nos unamos todos en torno de ese gobierno para salvar al país.

Señores, francamente, ¿por qué negarlo? La situación es grave, y el remedio se ha de buscar aquí. Si hay alguna tendencia a buscar este remedio fuera de nosotros, esa tendencia es criminal. Si, señores, la situación es grave, es peligrosa, y yo apelo a la conciencia de los señores diputados. ¿Saben qué hacer? El día en que se suscita una votación empujada, no es verdad que muchos de vosotros con la mano puesta en el corazón, dudáis si habéis de votar en pro o en contra?

Pues bien, señores, situaciones como esta, en las cuales hombres de principios fijos, que tienen reglas de conducta fija, no saben qué hacer, conducen siempre a grandes catástrofes. ¿Dónde están las grandes esperanzas que abrigaba nuestro corazón el día en que entramos por esas puertas? ¿Las tenéis? No, señores. Hay un estado de perturbación que no tiene nombre, y que constituye una situación insostenible para los hombres políticos. Yo he palido hace mucho tiempo que si esta situación no realiza grandes reformas, en lugar de traer un gran período de libertad, nos llevará al estado que tienen hoy nuestras antiguas colonias americanas.

En efecto, señores, nuestra revolución se ha realizado sobre bases bajas; la habido dos revoluciones juntas, la revolución de junio y la revolución de julio; la primera, que llamaré del general O'Donnell, y la segunda, que llamaré del general Espartero. Señores, es un grande error histórico creer que la revolución de julio empezó en el Campo de Guardias: el movimiento del Campo de Guardias fué el término de una gran crisis que fermentaba en el seno del partido moderado.

¿Quiénes eran los hombres que hicieron aquel gran movimiento? ¿Por qué lo hicieron? ¿Acaso olvidaban sus principios desconfiando del régimen que antes había existido? No, señores: esa hubiera sido una mengua; aquellos hombres creían una cosa muy natural:

creían lo que yo no creo, ni tampoco la mayoría de esa Cámara: que el sistema moderado, inaugurado en 1813, era un sistema bueno, pero que los hombres, sus vicios, sus defectos, lo habían corrompido y viciado, y aspiraban a mejorarlo; a completarlo, limitándolo de la lepra que habían derramado sobre él personas inmundas y despreciables. Esas fueron sus intenciones legítimas, honrosas, cuyo patrimonio no se puede desconocer. ¿Correspondió el país a este

rada levantemos el edificio progresista de nuestra libertad.

De esta manera podremos salir adelante; si no, ¿sabéis cuál será el término? Bien le calculareis: escoged, pues, entre una gran política ó una gran vergüenza.

Una última palabra para concluir. Yo he iniciado esta discusión, á pesar de faltarle las condiciones necesarias para elevarla á una gran altura, tanto para provocar el debate, como para dar ocasión á que hombres de mas reputación puedan tomar la palabra. Con este motivo, se me permite decir una cosa. Vosotros, señores progresistas, tendréis razón para decir: ¿quién eres tú? ¿Cuáles son tus títulos? Y yo contesto: sin tener esos títulos, he tomado la palabra al tender la vista á y no encontrar á los gefes del partido progresista que están encerrados como Aquiles en sus tiendas, pero sin honor, y Aquiles le tenía; porque ellos no saben, salvo yo; ellos tienen mas elementos para defender vuestros principios, que lo hagan, porque yo lo hago mal y ellos pueden hacerlo brillantemente. La situación no está segura, pero si os unís podréis afianzarla.

El señor ministro de la GUERRA: Señores: no pensaba tomar parte en esta discusión, porque el señor ministro de la Gobernación era el encargado de contestar al Sr. Rivero; pero su señoría, con formas elegantes, y con el talento que no se le puede negar, me ha dirigido un ataque tan directo, tan personal y tan á fondo, que veo es verdad lo que decía el Sr. Figueras, de que si yo había tocado con el hierro de la lanza en el escudo de los que estaban en sus tiendas, me contestarían de la misma manera. El discurso del Sr. Rivero está reducido en su parte esencial á manifestar, que la causa de los males que puedan venir sobre este país, se debe al antagonismo constante que hay entre el duque de la Victoria y el que tiene el honor de hablar, ó lo que es lo mismo, que no debemos estar los dos en un mismo ministerio. Este ha sido el tema de su discurso, y esto ha sido reproducido en otras formas la discusión que hubo en este lugar hace algún tiempo, aunque en formas menos parlamentarias.

El Sr. Rivero, usando de esa habilidad que tiene como orador de presentar las cosas á su gusto, ha desfigurado los hechos que han pasado á nuestros ojos, y les ha dado un colorido que no tenían.

Señores, aquí se han dicho dos cosas, de las cuales no puedo menos de hacer cargo para rechazarlas. Aquí se ha llamado bárbaro al capitán general de Cataluña, que acaba de prestar grandes servicios distinguiendo las facciones y conservando el orden en Barcelona. Los individuos que han sido condenados por un consejo de guerra fueron presos por la autoridad militar; aquellas provincias están declaradas en estado de sitio, y han podido ser juzgadas por la ley de 17 de abril de 1821.

Concluiré diciendo que los generales de Vicalvará están tan unidos al general O'Donnell, como el general O'Donnell lo está al duque de la Victoria, y que el día que las Cortes desconfiarán de ellos y tuvieren que dejar sus puestos, abandonarían yo también el mío.

El Sr. Rivero rectificó.

El Sr. ministro de ESTADO: Siento mucho distraer un momento á las Cortes; pero el Sr. Rivero ha hecho una ofensa á los ministros que nos sentamos en este banco, y tengo necesidad de contestar pocas palabras. No contento el Sr. Rivero con hablar de las dos políticas que dice hay en el ministerio, y después de hablar de dos individualidades, no teniendo colocación que dar á los dos ministros, nos ha calificado de nulidades. Sr. Rivero, á V. S. le ha sido muy fácil subir á esa altura, y desde ahí le parecerán á V. S. pequeños todos los hombres; pero se necesita tener una gran talla para medir á los demás de un modo tan arbitrario. Repito que á V. S. le ha sido muy fácil subir á esa altura, pero que yo he tenido que subir á otras mas elevadas, y para eso he tenido que derramar mis lágrimas.

El Sr. Rivero rectificó.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Me levanto, señores, á hablar, poseído de un sentimiento á que generalmente soy avaro, tengo miedo, tengo miedo de olvidar el sitio en que estoy, y figurarme que ocupo todavía aquel asiento, por el que suspiro, porque no podré hablar desde este sitio como lo haría desde aquel. Aquí tengo que sujetarme á consideraciones mucho mas altas.

Su señoría me da poca importancia política. Me asombraron los ojos á la luz han sido liberales progresistas probablemente morirán siendo.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Debo decir cuatro palabras sobre las indicaciones que se han hecho aquí acerca de antagonismo. Sé que mi amigo el general O'Donnell se ha hecho cargo de ellas y las contestó satisfactoriamente, pero yo debo decir que desde que la Reina me llamó para formar el gabinete, me acordé, como era mi deber, de llamar al general O'Donnell para que se encargase del ministerio de Guerra. Le presenté mi programa, que todo el mundo sabe, lo mismo que á todos los demás ministros.

Este programa lo aceptó en todas sus partes, ese programa lo hemos seguido constantemente. No ha habido la menor disidencia entre los dos; nos ofrecimos mutuamente hacer toda clase de sacrificios en obsequio á la libertad, toda clase de sacrificios para el programa que se cumpliera, programa que era, vengo á repetir, el de que se cumpliera la voluntad nacional, y ese programa lo cumplí yo y lo cumplió el general O'Donnell, siempre unidos y sin la menor disidencia. Así es, señores, que ¿quién ha sido su primer actor? El llamar á las Cortes constituyentes. Se reunieron las Cortes constituyentes, y nosotros, invariables siempre, siempre unidos y constantes hemos seguido ese programa.

Estas son mis convicciones, y repito, señores, que aun cuando tengo yo muchos años, espero ver la libertad de mi patria afianzada de una manera estable é indestructible.

El Sr. PRIM: Es tarde y lo siento, porque estando fatigado la Asamblea, no podré entrar en el fondo de la cuestión iniciada por el señor Rivero.

Sin embargo, me es preciso llamar la atención del Congreso sobre dos cosas que S. S. ha dicho, y que son de alguna gravedad. La una sobre los que tuvimos mas ó menos parte en los acontecimientos de 1843, y la otra sobre el partido progresista en general.

El señor Rivero con una ligereza que no corresponde á su buen seso, puesto que ha predicho la unión, ha dicho que los que tomamos parte en los acontecimientos de 43 tenemos impreso en la frente el sello de la espación. Yo rechazo esas palabras, porque los que tuvimos la fortuna ó la desgracia de tomar parte en aquellos sucesos, tenemos la frente tan limpia como su señoría.

Los señores Rivero y ministros de Fomento y Guerra, rectificaron.

El Sr. ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Habiéndome hablado con tanta insistencia por el señor Rivero de haber sido holladas las leyes en Cataluña, parecería mal que yo guardase silencio.

El señor Rivero ha expresado un sentimiento de justicia y de legalidad, que quiero ver sancionado, pero que creo que hoy no lo está en nuestra legislación. Deseo, como S. S. ver escitados y hasta borrados los nombres de los estados de sitio y de guerra, si esto es posible. Ese estado excepcional autoriza de algún modo para el juicio que ha entablado el capitán general de Cataluña con arreglo á la ley de 17 de abril.

Pobre é insignificante como es mi nombre, me he ocupado en reflexionar y meditar según mi conciencia. Tengo convicciones profundas y las he tenido toda mi vida, y sepa S. S. y la Cámara entera, que nadie podría imponerme nada en contra de los sentimientos de toda mi vida, que nada vale, que es oscurísima, que es insignificante, pero que es inmaculada.

(La mayor parte de los señores diputados se salen del salón).

El señor ALONSO (don Juan Bautista): iba á llamar la atención del Congreso por pocos minutos; pero su cansancio, y teniendo presente que han de venir otros momentos en que se pueda hablar, renuncio la palabra con la protesta de que el sábado inmediato, si el gobierno me da ocasión para ello, diré lo que tenga por conveniente acerca de una interpelación que hay sobre la mesa y se refiere á asuntos de gabinete.

Deseo hablar en pro de la causa pública á pesar de las injurias y las calumnias que el genio del mal lanza contra mi persona.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para el lunes: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Eran las ocho.

CRONICA DE MADRID.

—Milagros de la época.—Llueve 25

horas por día.
Se rompe un puente por hora.
Se ataca una diligencia por minuto.

Hay una zalagarda popular por segundo.
Amien de estas milagrosas venturas, la mano invisible de la situación nos proporciona:

Una mejora santoniana cada siglo.
Un aumento en el presupuesto cada año.
Una cruz en cada esquina... del petis.

Una merienda de negros cada tarde.
Una calabaza de lazo de cada peluca.
Una peluca en cada crisis ministerial.

Cuarenta capitales de provincia gimiendo, llorando, pidiendo y gritando.

Cuatro mil pueblos en ayunas.
Catorce millones de habitantes cantando. (Cuando el español canta, ó ríe ó no tiene blanca).

Ochenta ríos fuera de madre.
Una madre patria sin hijos.
Una corte sucia, oscura, destastada, llena de todo y escombros.

Una guardia urbana inútil é invisible.
Un ministerio... tal: este es asunto que reclama la trompa épica.

Un ministerio de color de arco (iris), encarnación del santonismo neto, madre de promesas, de mejoras charco, Padre en miserias y en venturas nielo; del país, ¡qué país! digno marco, y de la holgada libertad aprieto.

Un ministerio, en fin, *santo bonito* que no sabe tocar flauta ni pito.

—En qué consiste?—Los fumadores se quejan de la pésima calidad del tabaco y de lo mal surtidos que se hallan los estancos de la capital, pues raro es el día en que según dicen, se encuentran las tagarrinas de dos cuartos.

—La sal española.—Si Dios no pone término á las continuas lluvias, es muy posible que la sal española se convierta en agua de mar. Según tenemos entendido, nuestras mas famosas salinas están anegadas de agua, y de consiguiente imposibilitada la extracción de tan indispensable mineral.

Mas fuerza necia porfia lamentar este incidente mientras el gobierno cuente con la sal de Arias Uría.

—La sartén por el mango.—Desde Domenech y Alonso—hasta Aguirre y Fuente Andrés—la vara de la justicia—sufrió continuo vaiven; pero al fin ya resguardada—de otros embates se ve—hoy que tiene Arias Uría—por el mango la sartén.

Ya no habrá trompis polacos—ni con Roma somaten—ni escribientes cual ministros—que al ministro hagan caso—ni serán ya los logados—anteriores á Noé;—pues ya tiene Arias Uría—por el mango la sartén.

Las pelucas mazonianas—se mirarán con desden—y las cañas serán negras—al menos por esta vez—hoy que el chocho santonismo—se hace rejuvenecer,—empañando Arias Uría—por el mango la sartén.

Frutos de rama gallega—querrán pasar al vergel,—y después de este milagro—se hará el milagro de que—la respetabilidad—sea solo envolver;—pues que tiene Arias Uría—por el mango la sartén.

Hispana magistratura—cubre de mirlo y laurel—la sacrosanta balanza—de la justicia y la ley;—que no es caso para menos—el caso en que ahora le ves—de que tenga Arias Uría—por el mango la sartén.

—Too jué groma.—Parece que se ha desistido del propósito de construir un teatro en la calle de Jovelanos.

—Percance.—El jurado ha declarado haber lugar á la formación de causa contra un artículo publicado por la *Voz del Pueblo* en su número del día 13.

—Lotería.—En la última extracción de la primitiva han salido premiados los números siguientes:

82—81—84—24—49.

—Fruta del tiempo.—Parece que los huevos, á imitación de las cabezas de ciertos gobernantes (no es alusión á pelucas), van dando en el chiste de salir lieros.

—Aplazamiento.—Se ha aplazado por algunos días la salida de Cádiz del buque correo para la Habana por efecto de los grandes temporales. Estos iban calando en aquellas costas, teatro de grandes desgracias.

—Puente militar.—Como ya hemos dicho, el marqués salió de esta corte un número considerable de carros y caballerías de arrastre, para conducir desde Guadalajara al punto del ferrocarril de Aranjuez, por donde se atravesará el Jarama, un tren de puente á la Birago, del cuerpo de Ingenieros, que el gobierno facilitó á la empresa para habilitar lo mas pronto posible la explotación de la vía. Una compañía del cuerpo está encargada y desempeñará la diffe operación de establecer el puente.

—Al mar.—Se ha embarcado en Barcelona, en el vapor de guerra *Santa Isabel*, el batallón de Ingenieros que pasa á Mahón á relevar el de la propia arma que pasará á aquella capital.

CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. El Dulce Nombre de Jesus, San Fabian papa, y San Sebastian, mártir.

Cultos religiosos. Cuarenta Horas en la parroquia de San Sebastián, donde se celebra función á su titular. En la iglesia del hospital de mujeres inenarrables, se festeja á su titular, el Dulce Nombre de Jesus. También se hace función á tan Santo Nombre en la iglesia de religiosas Trinitarias. En las demás parroquias habrá Misa mayor á las diez, siendo con procesion del Santísimo, en Santa María, San Luis, San Pedro y San José. Se practicarán los ejercicios de instituto: en el Caballero de Gracia, en los Servitas, en la capilla de la Esclavitud de la Virgen del Carmen, y en Santo Tomás (por la congregación de Nuestra Señora del Carmen); en estas tres últimas iglesias se hará procesion; en la primera, con la efigie de la Virgen de los Dolores, y en la segunda y tercera, con la del Carmen. También habrá ejercicios, en San Isidro y San Ignacio.

Se reza de la Dominica de Septuagésima, con rito solemne y color morado.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Ntra. Sra. de Guadalupe en San Millán (privilegiada), ó la de la Consolación y Correa en San Juan de Dios.

TEATROS.

REAL.—Funcion 63 de abono para hoy domingo á las ocho y media de la noche.—El *Trovador*. Ronconi.

PRINCESA (antes de la Cruz).—A las cuatro de la tarde: Sinfonía. *La Carajada*.—*Mandito Gazeque*. A las ocho y media: *Crucos y medias lunas*.

CIRCO.—A las cuatro y media de la tarde: Sinfonía. *Estebanillo*.—*Un cuervo con dos canas*. A las ocho y media: Sinfonía. *Marina*.—*El Vizconde*.

CIRCO DE PAUL.—Desde las once de la noche á las seis de la mañana, *Gran Baile de Máscaras*. DELICIA ESPAÑOLA (sociedad de baile).—Desde las cuatro de la tarde á las ocho de la noche dará principio á sus reuniones con un *Gran Baile de Máscaras*.

Editor responsable D. VEXANCIO SAENZ.

Imp. de J. GARCIA VERDUGO, Justa, 3.

ANUNCIOS DE EL OCCIDENTE.

OFICINA DE ANUNCIOS.

Se reciben en la calle de la Montera, 45.
Pasaje de Murga, 9.

CARBON CISCO EMPASTADO.—Tales pastas, uniéndolas con la cuarta parte de carbon ordinario presentan una economía inmensa para guisar en las cocinas, y para las estufas y otros usos.
Precio 20 cuartos arroba, y 2 rs. por mayor.
Se vende calle del León, núm. 5; de Preciados, número 6, y de Fuencarral, números 67 y 73.

LA ARITMETICA.—Aplicada á la reforma monetaria y al sistema métrico legal de pesos y medidas, escrita especialmente para las dependencias del gobierno y del comercio, por un oficial de la dirección general de contabilidad de la Hacienda pública, y en las de Bailli-Bailliere, calle del Príncipe. Se remite á provincia, franca de porte, haciendo el pedido en carta franca, incluyendo aquel importe en sellos de franqueo ó en libranza contra correo á nombre de D. Juan Moral y Ordoñez, calle de Segovia, número 16, principal de la izquierda. (117)

PARA EL CULTO RELIGIOSO.—Hay un gran surtido de estandartes bordados de oro para hermandades, calle de Toledo, núm. 6, cuarto segundo.

DICCIONARIO de artes y manufacturas, agricultura, minas, etc.

Se ha repartido la entrega primera de esta importante obra y sigue la impresión de las restantes con la mayor actividad. La obra está dividida en cuatro tomos y veinte y cuatro entregas, á seis portomo. Y cada entrega consta de doce á catorce pliegos de impresión en cuarto mayor á dos columnas con grabados en el texto, cuyo número en totalidad pasa de tres mil. El precio de suscripción es 5 rs. entrega y 40 rs. tomo en Madrid; 10 rs. entrega y 50 rs. tomo en provincias. Se suscribe en el despacho del establecimiento de Mellado, calle del Príncipe, núm. 25, y en casa de los corresponsales de dicho establecimiento y de la Biblioteca española.

DICCIONARIO DE AGRICULTURA PRACTICA Y ECONOMIA RURAL.

Esta importante obra que ha sido reconocida como de una gran utilidad para España, país esencialmente agrícola y en que se ha hecho sentir notablemente su falta, consta de siete tomos en cuarto mayor de 600 páginas á dos columnas, de una impresión esmerada, y tiene además 56 áminas litografiadas que comprenden 500 figuras correspondientes á la explicación del texto.

Cuesta cada ejemplar en Madrid 270 rs. en rústica, y 1200 en provincias franco de porte, y encuadernado á la holandesa 310 y 340 respectivamente. El sétimo tomo, se vende también suelto; á 60 rs. Se halla de venta en esta corte en la librería de don José Cuesta, calle Mayor, núm. 4; de don Leopoldo Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Publicidad, pasaje de Matheu, y de Palacios é hijos, calle de Desaguadero, y en la administración calle de Valverde, número 30 y 32, cuarto principal de la derecha, á donde pueden dirigirse los pedidos de provincias. (1 P. C.)

DULCES Y CAJAS DE LUJO.—Las persona selectas hallarán siempre un completo surtido de todos los artículos de confitería en la de la calle de las Infantas, frente á la plazuela de Bilbao. Los frecuentes viajes que hace á París el dueño de este establecimiento para surtirle debidamente, le permiten ofrecer al público cuantas mejoras se han verificado en dicho ramo.

CORREO DE LA MODA.—Periódico de literatura, educación, teatros y modas.

Este periódico, tan generalizado entre la buena sociedad, y consagrado especialmente á las madres de familia, por la moralidad de su lectura y utilidad de su parte de labores, se publica cuatro veces al mes, acompañado alternativamente de un figurín de modas, gravado é iluminado en París, un pliego de modas y patrones, ó otro grabado de labores y modas. Las señoras que deseen una pieza de música, que será alguna vez de zarzuela ó ópera moderna, lo expresará así. Se repartirá como regalo á las suscriptoras por seis meses, dos grandes láminas de manteletas ó abrigos en abril y octubre; las que lo deseen por un año recibirán además en el primer trimestre un precioso dibujo para bordar en cañamazo.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Con un figurín al mes.—En Madrid 6 rs.—En provincias 21 rs. trimestre.

Con dos figurines.—En Madrid 8 rs.—En provincias 30 rs. trimestre.

Con tres figurines.—En Madrid 10 rs.—En provincias 36 rs. trimestre.

El periódico sin figurín y con los dibujos de labores ó con la música sola.—En Madrid 10 rs. trimestre.—En provincias 12 rs. trimestre.

Con los dibujos de labores y solo el suplemento de su explicación.—En Madrid 6 rs. trimestre.—En provincias 8 rs. trimestre.

MODAS DE HOMBRES.—«El correo de la Moda publicará una edición con un figurín de marca doble de modas para hombres, de lo mejor que se ejecutará en París, y diferente de los otros que circulan en España. Su precio en Madrid 15 rs. trimestre.—Por un año 50.—En provincias 16 rs. trimestre.—Por un año 60.

Se suscribe en Madrid en la administración del periódico, calle de las Huertas, núm. 42, y en la librería de la viuda de Castelló, calle de Belatores, núm. 3; Miller, tienda de quincalla, calle del Desaguadero, número 29; Peligrini, Caballero de Gracia; librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailli-Bailliere, calle del Príncipe; Perez, calle de Carretas; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, calle del Carmen; núm. 29, y Durán, Puerta del Sol, núm. 2, entresuelo. En provincias en las principales librerías ó con libranza al administrador del periódico.

NO MAS EXTRACCION. Sucedáneo privilegiado que cerrando herméticamente la caries previene y cura el dolor con su instrucción para el uso de la misma.—Agua sanitaria para curar el escurrito y para fortificar las encías y dientes que se mueven. Polvos carbónicos, compuestos á la inglesa sin el pernicioso alumbre que por su calidad nada astringente, corroe y cuartea el esmalte, da dentera y causa dolores hasta en los dientes sanos. Los usan solamente los ignorantes llevados por el sonrosado aspecto que dejan en los labios y encías. Puerta del Sol, 22, D. Melchor Ibarondo dentista de la real Cámara de S. M.

EL OCCIDENTE.—Diario político de la mañana.

Se publica todos los días menos los lunes, y además de las mejoras materiales y del aumento en sus medios de publicidad, de la extensión que tiene la edición de provincias, para llevar á estas las diversas noticias con la misma antelación que los diarios de la tarde, contendrá periódica y oportunamente REVISTAS DE MADRID Y DE TEATROS, LITERATURA Y MUSICA Y AUN CIENTIFICAS, y de otros géneros, haciendo que la sección recreativa, el folletín, inserte casi siempre novedades originales inéditas de autores acreditados, de las que ya tenemos muchos en nuestro poder.

Los lectores de EL OCCIDENTE recibirán con estas ventajas algunos regalos de interés con toda la frecuencia que lo permitan las operaciones de su administración, y muy pronto tal vez la colección de las DISPOSICIONES OFICIALES que publica la GACETA DE MADRID.

También nuestros suscritores tienen la ventaja de poder insertar GRATIS cada mes hasta CUATRO ANUNCIOS de 10 á 12 líneas cada uno.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

Los que lo son en la actualidad y las personas que se suscriban á EL OCCIDENTE antes de concluir el mes actual, y lo hagan al menos por un trimestre en provincias, y en Madrid por un mes, recibirán en sus fin de este mes, ó á principios del siguiente, un ejemplar encuadernado de la novela en dos tomos, original de don Pedro Antonio de Alarcón, que con tanta aceptación se ha publicado recientemente titulada: EL FINAL DE NORMA, cuya obra se venderá por separado en la administración de este periódico á cuatro reales cada tomo.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid: 1 mes 10 rs., 3 id. 28 id.—En Provincias: 1 mes 16 rs., 3 id. 46 id.—En el extranjero: 1 mes 30 rs., 3 id. 90 id.—En Ultramar: 3 meses 90 rs., 6 id. 150 id.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid. En la administración de EL OCCIDENTE, calle del Carmen, núm. 60, cuarto 2.º En casa de don Francisco de P. Mellado, calle de Santa Teresa y calle del Príncipe, 25, y en las librerías de Lopez, calle del Carmen, Cuesta, calle Mayor, Villa, plazuela de Santo Domingo, Bailli-Bailliere, del Príncipe, Oliveres, Concepción Gerónimo, Durán, Puerta del Sol, 2, y en el gabinete de lectura y oficina de anuncios de Sorot, Montera, Pasaje Murga.

En provincias y el extranjero. En las principales librerías y administraciones de correos ó por medio de libranzas sobre esta corte remitidas en carta franca dirigida al administrador de EL OCCIDENTE.

PUBLICACIONES NUEVAS.—OBRAS POLITICAS de D. Andres Borge.—La Guerra de Oriente considerada en si misma y bajo el punto de vista de la parte que España pueda verse llamada á tomar en la contienda europea.

TABLA DE MATERIAS.

Capítulo I.—De la diplomacia en Europa desde la caída de Napoleon I hasta la revolución de febrero de 1848.

Cap. II.—Del restablecimiento del imperio en Francia y de su influjo sobre la política exterior.

Cap. III.—De los nuevos elementos que en la guerra actual y en las sucesivas, deben ser tomados en cuenta por los beligerantes.

Cap. IV.—La cuestión de Oriente.

Cap. V.—De la guerra de la guerra actual.

Cap. VI.—De las operaciones de los aliados.

—Resumen y juicio de las dos campañas de 1853 y 1854.

Cap. VII.—La guerra actual tiene que limitarse y conducir á una pacificación inmediata, ó ha de tomar un carácter general de interés público europeo.

Cap. VIII.—La Inglaterra.

Cap. IX.—Napoleon III.

Cap. X.—De la situación y de los intereses de las potencias neutrales y de sus gobiernos, relativamente á la guerra actual.

Cap. XI.—De las condiciones á que podrá ser continuada, y de los límites en que tendrá que encerrarse la guerra.

Cap. XII.—De la alianza occidental.

—Elementos naturales llamados á formarla.

Cap. XIII.—De la participación de España y Portugal á la guerra.

Cap. XIV.—De la participación de España y Portugal á la guerra (continuación).

Cap. XV.—De la participación de España y Portugal á la guerra (continuación).

Cap. XVI.—De la preponderancia permanente de la alianza occidental.

—Medios de asegurarla y de libertar á Europa del peligro de las reacciones anticivilizadoras, y del predominio de los elementos revolucionarios.

Cap. XVII.—De la reorganización del imperio otomano.

Cap. XVIII.—Epilogo.

Un tomo en 8.º, 14 reales.

Organización de los partidos en España, considerada como medio de adelantar la educación constitucional de la nación, y de realizar las condiciones del gobierno representativo.

TABLA ANALITICA DEL CONTENIDO DE ESTA OBRA.

Introducción.

Capítulo I.—La teoría de las mayorías supone y exige la existencia de los partidos.

Cap. II.—Condiciones de los partidos políticos en los países regidos constitucionalmente.

Cap. III.—De la organización de los partidos.

Cap. IV.—De los gefes y de los órganos de los partidos.

—De la representación que en estos les corresponde.

Cap. V.—Del criterio de los partidos respecto á los que los representan.

Cap. VI.—De los partidos constitucionales en España, su historia y vicisitudes.

Cap. VII.—De la decadencia y disolución de nuestros partidos.

Cap. VIII.—De la unión liberal.—Su aborto.

Cap. IX.—Para existir nuestros partidos tienen necesidad de reorganizarse.

Cap. X.—Efectos de la organización de los partidos.

Cap. XI.—Pruebas de la eficacia de la organización de los partidos.

Cap. XII.—Misión del partido monárquico-constitucional.

Cap. XIII.—De los procedimientos de la organización del partido monárquico-constitucional.

Cap. XIV.—El porvenir pertenece en España á las ideas liberales, conservadoras, organizadas y progresivas.

Un tomo en 8.º, 16 rs. en Madrid, y en provincias franco de porte, 18.

Se hallan de venta ambas obras en las librerías de Cuesta, Calle Mayor; de la Publicidad, Pasaje de Matheu; de Gaspar y Roig, calle del Príncipe; de don Leopoldo Lopez, calle del Carmen, núm. 20; y de Palacios, calle del Desaguadero.

EN PRENSA.

La revolución de julio de 1854, apreciada en sus causas y consecuencias.

Un tomo en 8.º 10 rs.

La cuestión dinástica en España en sus relaciones con la estabilidad con el régimen constitucional.

Un tomo en 8.º Precio 8 reales.